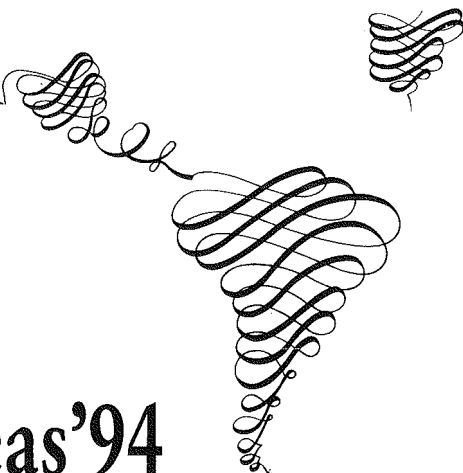




Elecciones europeas'94

Ramón Armengod*

LA *Breve historia de España* de García de Cortázar y González Vesga dice en su párrafo final: «mezcla de chapuza y de modernidad, la España que divisa el siglo XXI convive con múltiples arcaísmos, herederos de una historia repleta de elementos retardatarios». Sentencia lapidaria, con un punto de desgarró, sobre lo que obviamente ha consistido la peculiaridad de nuestro ser histórico, pero que no tiene por qué serlo en el futuro.

Las elecciones de estos días, a nivel de partido, se han perfilado como una jugada decisiva para la alternancia en el poder; a nivel de electorado, se han convertido en una prueba de madurez, aunque no sea en temas europeos, en los que la ignorancia habitual de los problemas de la Unión Europea se va decantando en un conocimiento negativo de las consecuencias socioeconómicas de la letra pequeña de nuestra adhesión.

Franquismo trasnochado

HACE unos días Santos Juliá, en un artículo titulado «Fantasmas del pasado», aparecido en el diario *El País*, comentaba que, por segunda vez, la estrategia del Partido Socialista que-

* Embajador. Ex director de la Escuela Diplomática.

ría convertir las elecciones, en junio de 1994, en un plebiscito «entre nosotros o el franquismo» añadiendo: «todos, en lugar de hablar de política, se dedican a moralizar al adversario». Tal tratamiento, si no fuese porque se cuenta con el aguante histórico y el escepticismo de nuestro pueblo, con la desaparición de las ideologías enemigas de la democracia y con la posibilidad real de cambiar los usufructuarios del poder político y social, haría que las cañas se tornasen lanzas.

La década socialista de nuestra democracia ha utilizado el rasgo retardatario de hacer predominar lo personal frente a lo institucional, una representatividad popular basada en la capacidad de los gobernantes en identificar y absorber sentimientos y lealtades populares, en vez de justificarse ante el electorado con su eficacia y respeto a la ética democrática.

Elemento retardatario usado en profundidad por Franco, que apuró, hasta dejar solamente las heces, el cáliz del «catolicismo imperial» identificado con el ser de España. Suerte que la capacidad de conversión de la Iglesia católica al Evangelio creó, precisamente en el tramo final del régimen anterior, un nuevo modo de relacionarse con la sociedad civil, que hace posible su integración en la actual democracia española.

La década socialista se ha caracterizado juntamente tanto por el cambio de la cultura tradicional a la modernidad como por el vaciamiento de las instituciones democráticas, y la profundización de dichos elementos retardatarios en lo político para la ampliación e instrumentalización partidista de lo público, a costa de una racionalización necesaria, acorde con los hábitos y cultura democrática europea. De ahí la turbación de su electorado solicitado en sus raíces y fidelidades con un enfoque pasional de la petición del voto, con unas disculpas por el mal gobierno sacadas de las escenas de infidelidad conyugal o de las tragedias paternofiliales. Relegando el objeto formal de la convocatoria, las opciones sobre problemas europeos, primero a un plano tangencial y luego al limbo, se fomenta la sospecha de que la propia clase política acepta que España vuelva a ser sujeto pasivo en el proyecto europeo, después de un breve paréntesis de jaleado protagonismo, pagado bien caro.

El socialismo español ha demostrado permanentemente su conocimiento intuitivo y profundo de cómo manejar la «hispanorum fidelitas», esa adhesión acrítica, obstinada, conmovedora a la par que aterradora, que aplica criterios sacados del ámbito familiar y tribal, de los «lazos de sangre» a relaciones públicas mucho más complejas y menos inmediatas, lo que impide su democratización. Afortunadamente, la propia década

socialista ha transformado a la sociedad española y sus creencias no sólo destruyendo la ecología tradicional y la ortodoxia marxista, sino ante todo desatando un proceso de racionalización que matiza la radical exigencia de justicia que históricamente caracteriza al pueblo español, con un cierto pragmatismo.

Europeización española

LOS resultados de estas elecciones refuerzan la cultura democrática al invalidar las opciones excluyentes, las posiciones plebiscitarias, sin afectar a la adscripción ideológica de los votantes: la izquierda mantiene su volumen electoral reforzando a Izquierda Unida, y la nueva derecha recupera el centro.

El ciudadano español se une, pues, a los otros europeos que utilizan el mecanismo democrático por excelencia para equilibrar sus preferencias ideológicas con las necesidades de una buena gestión de la cosa pública.

Ojalá la etapa de nuestra democracia que parece comenzar sirva inmediatamente para liquidar la confusión socialista en los poderes del Estado, empezando por devolver al judicial su credibilidad, a las instituciones su equilibrio, y a la sociedad civil su protagonismo.

Pero no hay que engañarse: la base de un correcto funcionamiento y la única garantía de la democracia supone la creación de un consenso valorativo mínimo en nuestra sociedad, que enmarque las opciones individuales, asegurando la pluralidad y el derecho de todos a participar en la creación de aquel consenso. En una palabra, hay que revalorizar las raíces éticas de la democracia, el sentido de la justicia, el equilibrio entre igualdad y libertad. Mientras se una libertad con permisividad, justicia con legalidad, responsabilidad personal con fidelidad partidista, se impedirá la auténtica lealtad democrática en el ejercicio de la soberanía popular. La racionalidad ética de los comportamientos en lo público no tiene por qué oponerse a las opciones éticas y religiosas, individuales o comunitarias, siempre que éstas tengan claro que el camino de su realización pasa por la libertad de todos.

Ojalá el veredicto popular expresado en estas elecciones sea obligatorio para el propio electorado, exigiéndose tanto a sí mismo como a los líderes de los partidos la transparencia, la eficacia y la honestidad en la vida pública. Si todos somos soberanos en la democracia, cada uno tiene que evitar su propio señoritismo o su real gana individual: de otro modo

el soberano popular merece la misma valoración negativa que ha terminado con los otros regímenes históricos.

Consenso constitucional

TODO ello es un programa de base que el pueblo español ha de imponer e imponerse, por el momento, teniendo menos en cuenta el color del partido que gobierne que su honestidad y dedicación a esta tarea. En cierto modo, es retomar el consenso que alumbró la Constitución actualmente vigente, los buenos propósitos sembrados en aquellos cinco años, truncado por el esperpéntico golpe de Estado fallido, y luego por la progresiva ocupación socialista no ya del poder, sino de las instituciones.

En todo caso, la década socialista ha incitado, aunque sea por razones partidistas, a cambios tan amplios en la sociedad española que impiden una involución profunda de los valores democráticos. Sólo que también el Partido Socialista, al tener que renunciar al legado del marxismo, ha tendido a compensarse con una intensificación de la permisividad y del individualismo que le han llevado a la quiebra del valor solidaridad. El socialismo español no estaba especialmente preparado para entender lo que de positivo hay en el espíritu de empresa, en la relación trabajo-propiedad, y en las reglas del juego capitalista que tiene sus propios mecanismos correctores. De ahí que su triunfo frente a la cultura católica nacional no se haya completado con otro sobre la derecha económica corrupta; al contrario: la corrupción e irresponsabilidad triunfantes han precipitado y empeorado la crisis del estado de bienestar.

En cuanto a la única y auténtica revolución social de los últimos años, la asunción por la mujer de su papel social en paridad con el hombre (aunque haya puesto más fin al patriarcado que al machismo), se trata de un proceso irreversible que se ha identificado exageradamente con el triunfo socialista: en cierto modo, la incapacidad de la moral tradicional para aceptar esta nueva relación entre los sexos está añadiendo su parte a la confusión.

Felicitémonos, pues, ante este panorama de nuevos equilibrios y cambios acelerados, de cualquier decisión racional por parte del pueblo español, como ha sido su opción como electorado por anteponer lo que hace funcionar a las instituciones democráticas a lo que las condiciona ideológicamente.